

Rafael GAMBRA

# Las tres Españas

(La roja, la blanca, la rosa)



Viñeta de Antonio Mingote, publicada en «ABC» el pasado 27 de julio. El autor de la misma fue combatiente de una de esas Españas, y después profesional del Ejército de la Victoria.

**E**N el mes de julio pasado se han cumplido los 60 años de la iniciación del Alzamiento Nacional y de la guerra 1936-39 a que dio comienzo. No ha habido, como era de suponer, ninguna conmemoración política, aunque sí religiosa, en honor o elogio de los que allá lucharon, murieron y vencieron haciendo posible la paz que durante decenios ha seguido. Extrañamente la historia de aquella contienda la han escrito principalmente —la siguen escribiendo— con espíritu inagotablemente rencoroso y vengativo los que fueron vencidos. Sólo se ha hablado de ella en la prensa «democrática» como de algo espantoso, cruel, vergonzoso, un ludibrio nacional. Incluso los vencedores, influidos por más de veinte años de lavado de cerebro, no han osado más que a disculparla como algo inevitable y que nos libró de males mayores.

Pero nadie se ha atrevido a decir que fue la última eclosión de fe, de dignidad y de heroísmo que ha producido España; quizá, por desgracia, la postrera página gloriosa de nuestra historia.

Ejemplo típico de esa conmemoración rastrera y mendaz es la viñeta de Mingote que reproducimos de ABC (27 julio). Según ella, hubo dos Españas asesinas que se creían con derecho a «matar rojos» o a «matar fascistas» en uno y otro caso, y una tercera actual, sana y alegre, que niega el derecho a matar a nadie.

Se da el caso de que su autor (don Antonio Mingote, que no es ya un niño) combatió como voluntario en el bando nacional, victorioso, y además, en vez de licenciarse al terminar la guerra, hizo de la Milicia (que debió de gustarle) su profesión, de la cual seguramente seguirá cobrando

derechos de retiro. El sabrá si en aquellos tiempos se creía con el derecho de «matar rojos», y si, en caso positivo y una vez convertido a la democracia y el pacifismo, se siente en el deber de presentarse ante ese Tribunal de Crímenes de Guerra que todavía funciona. A mí me explicaron en aquella época que ni aún la guerra declarada y abierta es para matar al enemigo sino para ponerle fuera de combate y venderlo. Si no fuera así, se mataría a todos los prisioneros en vez de conservarlos, custodiarlos y alimentarlos, que no son cosas fáciles.

**E**L espíritu de la tal caricatura es congruente con el del periódico que la inserta en lo referente a alusiones al 18 de Julio. (Ello a pesar de haber sido en su día punta de lanza de la prensa nacional en la Sevilla de Queipo de Llano). Su número del día-conmemoración se abre con esta estúpida afirmación: **Nunca más la guerra civil.** Lo que equivale a que alguien dijera: «Después de lo que sufrí hace diez años, ya nunca más enfermedad».

Las guerras, como las enfermedades, no

se proyectan ni desean sino que sobrevienen y se afrontan o padecen. (En 1936 se proyectó un golpe militar rápido e incruento que restaurase el orden; fue su fracaso lo que dio lugar a la guerra). En las guerras, como en las enfermedades, hay a veces alguna culpa en los pueblos o en sus gobernantes; en otras, se ven unos y otros envueltos sin culpa alguna. Al igual, hay enfermedades en que el paciente es en parte culpable por sus vicios o negligencia en cuidarse; y otras en que surgen sin culpa de nadie. Pero enfermedades y guerras ha habido y seguirá habiendo mientras haya hombres sobre la tierra.

Hoy es posible que en España se esté gestando una guerra del primer tipo, de las culpables. A pesar de tanta democracia y pacifismo (o precisamente por ellos). Cuando se produce una sublevación y no se trata como tal sino como un mero problema de orden público, y pasan veinte años de mal en peor, es posible que los rencores se conviertan en odios a muerte y que las algaradas se tornen en guerra abierta. Sería, si tal llegara a suceder, un caso típico de guerra culpable, de aquellas que podrían haberse evitado: de las que nunca más deberían producirse. ■

■ **Ejemplo típico de esa conmemoración rastrera es la viñeta de Mingote. Según ella, hubo dos Españas asesinas y una tercera actual, sana y alegre, que niega el derecho a matar a nadie.**

■ **Se da el caso de que su autor combatió como voluntario en el bando nacional, victorioso, y además, hizo de la Milicia su profesión.**